



JUAN MANUEL GONZÁLEZ

El Dr. Juan Manuel González, fallecido no hace muchos años, bien entrado en los setenta y en ejercicio de su profesión, fue, durante un largo período, profesor de Patología Médica (el estudio de las enfermedades internas), una materia que exige un enorme bagaje de conocimientos y erudición. Tanto es así, que en la actualidad su dictado se ha dividido en diferentes cátedras de especialidades, y, por lo tanto, la figura del profesor de esa asignatura ha desaparecido. No sólo no parece existir el docente capaz de totalizarla sino tampoco los alumnos capaces de estudiarla y rendirla, extensa como supo ser en su época. ¿Es la fragmentación una necesidad de los tiempos que corren? ¿Una confesión de nuestras diferencias?

Tales cuestionamientos no eran necesarios en los tiempos de González, pues, para empezar, estaba él para enfrentarlos. González era, con frecuencia, para pacientes y colegas, *Gonzalito*. Pareciera que los clínicos tienen tendencia a ganarse estos apodos más que otros especialistas, y en el caso de González, se trataba sin duda de una cariñosa individualización de un apellido común. Como cuadraba a las necesidades de su materia, era uno de esos eruditos de la Medicina que maravillan a su audiencia, desesperan a sus alumnos y son la envidia de sus colegas. Tal erudición se basaba en una inagotable capacidad de estudio: era un permanente estudiante. No es difícil imaginar que debió haber seguido informándose hasta muy cercano a su muerte por el solo gusto de hacerlo.

Esta virtud de González para la acumulación de conocimientos, que lo convertía, seguro que sin proponérselo, en un médico especialmente ilustrado, no siempre fue del todo beneficiosa para él y para sus alumnos. Es así que podía confundir si no contenía su tremenda disponibilidad de información: además, no siempre era ordenado, y con frecuencia podía ser algo disperso; su mente era particularmente rápida, de manera que lo que

para él era sencillo, podía ser complicado para los que no podían seguirlo.

En una oportunidad compartimos un seminario en el que se discutía un caso clínico complicado; fue uno de mis primeros contactos con él, pero, a la par, un encuentro que dio lugar a interesantes comprobaciones. En un momento de la reunión, tuvimos un choque de opiniones a consecuencia de lo cual se embarcó en la polémica con apasionamiento, sostuvo sus ideas vigorosamente, casi con agresividad. En realidad, el asunto no era de tanta importancia. Cuando todo pasó, su cordialidad fue mayor que antes de la áspera discusión. Comprendí su naturaleza franca, sin dobleces ni segundas intenciones, su honestidad esencial, su goce con la polémica. Recuerdo todavía el momento de zozobra que produjo cuando se puso a calcular el peso molecular del ácido glutámico, cuya fórmula, por supuesto, conocía, y se metió en dificultades innecesarias. ¡Qué característico de Gonzalito que estas cosas no hicieran sino aumentar el afecto por él!

Como médico, González respondía acabadamente a su estilo. Del mismo modo que otros clínicos contemporáneos, hacía algún laboratorio esencial en su propio consultorio, sobre todo, el examen de orina y un examen radioscópico. No contento con eso, también obtenía e interpretaba un electrocardiograma, en lo que era único. Esto, sumado a la precisión de sus historias clínicas, hacía que sus consultas fueran muy largas. Hoy en día, cuando todo se valúa económicamente, es difícil pero tentador imaginar el costo que tales procedimientos debían conllevar por necesidad. En el caso de González, como su ajuste a los horarios era poco menos que inexistente, sus enfermos debían esperarlo largo tiempo, a veces durante horas, pues se sabía cuándo empezaba su consultorio pero nunca cuándo lo terminaba. Sin embargo, no había demasiadas quejas. Sus pacientes conocían sus particularidades, e incluso, lo admiraban

por ellas; sabían, además, que, a su turno, iban a disponer de él sin límite de tiempo.

Era un trato igualitario, pero, a la vez, especial. Una vez me dijo: “Hoy tengo cuatro enfermos. Tengo para toda la tarde”. ¿Qué dirían hoy los médicos jóvenes, abrumados por las mutuales, sobre el progreso de la Medicina?

Como clínico, el fuerte de González era, precisamente, su erudición, a la que se podía recurrir, con seguridad, en los peores momentos. Como antes expresamos, ella podía, en ocasiones, volverse en su contra y complicarle la vida sin necesidad. Pero esto era raro, pues su afán enciclopedista encontraba el freno de la experiencia y del sentido común. Era, además, un trabajador infatigable, para quien no existían los horarios, y la disponibilidad de tiempo le proporcionaba ventajas que sabía aprovechar. Como todo clínico, no ignoraba la necesidad de ver al enfermo-problema una y otra vez.

No deja de ser interesante reconocer que él fue, quizás, el clínico que más se manejó, gracias a su bagaje de conocimientos teóricos, con conceptos fisiopatológicos. Esto lo convirtió, posiblemente, en el primer clínico moderno de nuestra ciudad. Él era el hombre a quien recurrir cuando no se sabía qué estaba pasando.

Su personalidad era rica en facetas, acaso en contradicciones. Su tendencia enciclopedista, que podía hablar de un defecto particularmente cercano al clínico, cual es la omnipotencia, se enfrentaba a una auténtica humildad. Sabía lo suficiente para comprender lo mucho que le faltaba saber, *lo corto del arte*.

En una oportunidad, el Departamento de Medicina Interna de la Facultad puso en marcha una serie de reuniones con ejercicios clínico-patológicos, esa suerte de juegos de guerra en los que un expositor es enfrentado con un problema diagnóstico que debe tratar de resolver, cuya incógnita se revela al final, para su gloria o vindicta pública; una práctica sadomasoquista a los que los médicos somos particularmente afectos. El caso había sido preparado para González por una Comisión especial, la que decidió reservar algún dato que llevaba con claridad al diagnóstico, pero conservó el resto sin

alterar el sentido del *fair-play*. Se congregó una gran cantidad de espectadores al mejor estilo de los circos romanos, explicable por la falta de continuidad y de experiencia en este tipo de reuniones, sin embargo, comunes en otros países. González hizo una excelente y, a la vez, modesta discusión. Por último, su diagnóstico fue, de forma poco característica para su mitología, el de una enfermedad simple y frecuente; extrañamente, fue erróneo. Cuando se supo del dato retenido, no faltaron quienes hicieron oír, a viva voz, su protesta por este hecho, lo que generó una situación de tensión y disgusto en el anfiteatro. González le puso término dirigiéndose a quien más protestaba, pero las palabras que pronunció eran para todos: “Doctor, la Medicina es incierta”. Nunca olvidaré esta lección que combina humildad con grandeza.

El rasgo distintivo de González como ser humano era, creo, su integridad. Lo consultaban porque era bueno, no porque perteneciera a algún grupo especial de tipo religioso, político o racial. Era un luchador polémico y directo, que carecía de habilidad política o diplomática simplemente por no quererla o por no necesitarla. Así, entre sus múltiples ocupaciones, encontró tiempo para actividades gremiales, pues tenía un fuerte sentido de solidaridad profesional, un genuino interés en la suerte de la Medicina más allá de lo científico.

No halagaba nunca por compromiso, de modo que un elogio de su parte era moneda real, un orgullo para quien lo recibía. No buscaba otro prestigio que el que puede conferir el honesto ejercicio de su oficio. Y cualquier injusticia que pudiera cometer era el producto de su impetuosidad, de su temperamento apasionado.

HÉCTOR ALONSO

*Ex-Profesor Titular de Clínica Médica,
Facultad de Ciencias Médicas, Universidad
Nacional de Rosario*

Reproducido del libro *Palabras, palabras, palabras sin figuras ni conversaciones* (Corpus; Rosario, 2006) por cortesía del autor.